

que tomen nuevo semblante y sean regocijados y renovados por ella.» Ya he sentido, dice S. Bernardo (1), el viento de la buena nueva, y en la mano de Eva y de sus hijas que paren y son paridas con dolor, estará el oírlo como yo, con solo que apliquen el oído y escuchen atentamente las palabras del ángel. Animo, pobre Adam, y tú particularmente, pobre Eva: alentáos y consoláos con motivo de la hija que os ha dado Dios. Vé aquí ha llegado el tiempo en que se quitará el oprobio que habéis contraído, y ya no podrá decir Adam que la mujer que recibió de Dios, le metió en las redes de Satanás, sino que habrá de confesar que por medio de la mujer salió de ellas. Así corre, Eva, y preséntate á María: responde la hija por la madre: ataje las disculpas y descargos de su padre, porque si el hombre cayó por la mujer, también se levantó por ella; pero por una mujer prudente que sucede á una mal aconsejada; por una mujer humilde, que se le da en lugar de la soberbia; por una que le restituye la vida en lugar de la que le hizo tragar la muerte. Aquí va convidando S. Agustín (2) en particular á todas las mujeres de cualquiera condicion que sean, para que vengan á rendir homenaje á esta, que las rehabilitó y honró; las vírgenes para que tributen sus respetos á la reina de las vírgenes, las casadas al ejemplar de las buenas casadas, las madres al dechado de las madres, las nodrizas á la más casta nodriza del mundo. Yo por mi parte no puedo contentarme con tan poco sin convidar á las personas de todas edades, estados y profesiones, no exceptuando uno siquiera entre los hijos de los hombres, para que vengan á ofrecerle sus servicios, porque como dice S. Gregorio de Neocesarea (3), ella trajo la bendición generalmente á uno y

(1) Hom. 2 in Annuntiat.
(2) Serm. 15 de tempore.

(3) Serm. 4 de Annuntiat.

otro sexo, á todas las edades y á todas las condiciones del mundo.

§. IX.—El tercer efecto de la reparacion del linaje humano hecha por la Virgen santísima es la rehabilitacion de Adam (4).

I. Nunca vió el mundo un día más sereno y alegre que aquel en que Dios tomó la resolución de perdonar al pobre Adam desterrado del paraíso, degradado de su nobleza y destituido de todos sus honores; como que fué un día que la divina providencia escogió por buen agüero para dar esperanza al reo y hacerle esperar algún buen resultado de su causa. Al fin Dios ganado por las súplicas y ruegos de sus amigos consintió en oír á las partes, para que alegáran sus razones. Luego pues que se hubo sentado en su alto trono y los príncipes y oficiales de su corte ocuparon sus puestos, la justicia y la misericordia, que estaban encargadas de arengar, fueron llamadas por un heraldo y conducidas al medio de la asamblea. La justicia cubierta de un manto encarnadino sembrado de balanzas en bordado de oro y con el semblante inflamado de zelo habló la primera después de hacer una profunda reverencia al rey, en quien resplandecía aquel día una majestad extraordinaria. El exordio de su discurso fué que le costaba dificultad persuadirse á que se juntase aquella asamblea por otro motivo que para aumentar las penas del enemigo público (así llamaba al pobre Adam); porque si se trataba de su ofensa primera, era claro que se había procedido respecto de él con excesiva indulgencia y su delito merecía otros castigos tanto en consideracion de aquel cuyos mandatos había despreciado, como por la

(4) Véase la adición de la que va puesta al fin del tomo en madre María Jacoba de Elemur, la letra E.

ninguna razon que habia tenido para ello, y por haberle menospreciado hasta el extremo poniéndole en parangon con una vil manzana. Si se queria pasar mas adelante y considerar de qué modo se habian portado desde entonces él y los suyos, se hallaria que en vez de enmendar sus desórdenes con la penitencia habian amontonado pecados sobre pecados y al parecer no se habian propuesto otra cosa que irritar mas á su criador y atraerse nuevas venganzas: que su majestad sabia mejor que nadie la enormidad de los pecados cometidos sin interrupcion en el mundo; y que el único medio de atajar las insolencias de los hombres era exterminarlos á todos cuanto antes. Ademas si se pensaba en tratar de la rehabilitacion de ellos; ó era preciso resolverse á perdonar al mismo tiempo á los ángeles prevaricadores, ó dar justo motivo de queja á los espíritus bienaventurados viendo rehabilitados á los hombres y á sus compañeros perdidos irremisiblemente. Despues ¿qué satisfaccion, añadia, puede esperarse de ellos, que corresponda á la atrocidad de sus atentados? No, aun cuando se partieran todos en menudos trozos y se deshicieran para dar alguna reparacion, no seria nada en comparacion de sus deméritos. Asi concluyó pidiendo que fuesen recargados con nuevas penas para reprimir su temeridad ó que cuanto antes fuesen exterminados del mundo y enviados á acompañar á aquellos á quienes habian imitado en la desobediencia y rebeldia.

II. Durante todo este discurso, que únicamente se enderezaba á irritar los ánimos, y hacer desechar los pensamientos de bondad y perdon, tenian la mayor parte de los asistentes los ojos fijos en la misericordia, la que al cabo hubo de bajarse el velo por no sufrir la confusion que le causaban las palabras de la justicia, y mucho mas porque no podia contener las lágrimas y los sollozos. No bien hubo acabado la justicia, todos se volvieron hácia

la misericordia para oír lo que respondia: su bondad, su constancia, sus lágrimas, su traje blanco, modesto y bien arreglado cautivaban verdaderamente los corazones de todos los espectadores; pero temian que ella y la causa que defendia quedasen desairadas. Detúvose un instante para enjugar las lágrimas y reponerse; luego se inclinó hasta el suelo, y con el semblante abatido y los ojos bajos habló en estos términos: «Soberana majestad, si aquellos ante quienes hablo, tuvieran la menor sospecha de que yo queria emprender la defensa de un malvado en perjuicio de tu honor y tu gloria; habria acabado mi discurso antes de empezarle y no diria ni una sola palabra. Sé lo que debo á tu grandeza y cuán obligada estoy á sostenerla. Pero la creencia en que pienso estarán todos de que solo el deber de servirte es capaz de desatar mi lengua, me da valor y resolucion para pasar adelante y manifestarte con toda humildad la gloria que debes de esperar de la rehabilitacion de un hombre en extremo desgraciado. Para esto acuérdate que la grandeza de tu majestad resplandece mas sin comparacion en el ejercicio de la bondad que en el de la severa justicia. Propiamente por el amor y los efectos de la bondad eres conocido de tus criaturas; eso es lo que les cautiva el corazon y les gana el cariño: eso es lo que tienes de ti y lo que emana de tu esencia, porque en cuanto al rigor y al castigo es necesario que sus ofensas te compelan á ejercitarle contra tu natural inclinacion. Por mi confieso que estoy muy distante de querer emprender el descargo de Adam y de sus hijos; al contrario en esto me pongo de parte de mi buena hermana la justicia, que ha andado demasiado indulgente con ellos. Declaro que sus pecados son grandes y que sus ofensas se multiplican diariamente; pero ¿qué otra cosa puede esperarse de ellos, cuando están destituidos del auxilio del cielo y expuestos á sus malas inclinaciones y á los movimientos de su corrompida naturaleza?

¿Qué debe de esperarse sino que acumulen males sobre males y den de risco en risco hasta que bajen á lo mas profundo del precipicio? Al contrario si el cielo se vuelve una vez propicio á la miseria de ellos, y tu infinita bondad, la única que puede enderezarlos, les alarga la mano; concibo desde ahora la firme esperanza de que se levantarán y te servirán y honrarán. En fin como no tienen corazon de mármol, ni pecho de diamante, el amor puede hacer de ellos cuanto se quiera.

III. ¡Qué! la suma miseria á que se ven reducidos y la penitencia que hacen de mucho tiempo atrás, ¿no es suficiente para ablandar el corazon y moderar los sentimientos de la justicia? ¡Cuántas veces ha salido el sol y cuántos siglos han transcurrido desde que fueron desterrados de tu divina presencia! Los mismos bárbaros tendrían compasion de verlos en el estado en que se encuentran despues de haber sufrido tanto tiempo los insultos de todas las criaturas rebeladas contra ellos. Esas cabezas inclinadas hácia la tierra, esos semblantes macilentos y desfigurados, esos cuerpos tostados del sol, esa imaginacion descarriada, ese apetito desmandado, ese entendimiento extraviado, esa voluntad propensa á todo desórden ¿no son duros castigos y motivos bastante poderosos para infundir compasion hácia ellos? Y á mal andar cuando los hayas perdido y precipitado á todos en los profundos infiernos, ¿qué le redundará á tu grandeza? ¿Qué servicio sacarás de ellos?

IV. Conozco la respuesta que se me va á dar, y me parece oír decir que si fuera admisible esa razon, tendría tambien lugar en los ángeles apóstatas y que sería introducir la envidia en el cielo perdonar á unos y tratar á otros con rigor. Preveo que si no se quita esta dificultad no pueden esperar ninguna seguridad aquellos en cuyo favor he empezado á hablar. Pero ó yo me equivoco, ó la cosa habla por sí y muestra claramente la gran dife-

rencia que hay entre los unos y los otros. Tú sabes, infinita majestad, la verdad de lo que voy á decir, y á tí no se te pueden ocultar las cosas. El ángel pecó por sola su malicia, con una voluntad determinada y con cabal conocimiento de lo que hacia: el hombre pecó por debilidad, imprudencia y precipitacion. El ángel no fué seducido como el hombre, que no tuvo la habilidad de desenredarse de los lazos tendidos por el espiritu maligno. El ángel persistió en su soberbia, y el hombre ha pedido mil veces perdon de su pecado. El ángel se levantó contra tí, erigió un altar contra el tuyo, quiso ser adorado en todas partes y se opuso de todas maneras á tu gloria: el hombre como una pobre paloma cogida en el lazo se dejó engañar contentándose en lo demás con su propia confusion sin desmandarse contra tu honra, ni atentar contra tu trono. El ángel cayó por su propia culpa, y el hombre se perdió por la ajena. En una palabra si bien la caída del ángel es lamentable, nos queda el consuelo de que no pereció toda la naturaleza angélica y perseveraron firmes muchos mas de los que cayeron. Bien lo sabe tu majestad, y los señalados servicios que te hacen diariamente y los honores que te tributan, son pruebas mas que suficientes de ello. Pero si el pobre Adam queda en el estado en que se halla, no solo es perdido él, sino tambien toda la naturaleza humana que se arruina enteramente, sin que quede una sola alma que no sea envuelta en la desgracia. Y aunque tu corte y tu felicidad subsisten en tí mismo, y tus cortesanos no tienen nada que desear mientras te posean; no obstante si pudiéramos temer alguna afliccion en el cielo, la hallariamos en esa muchedumbre de asientos vacíos, que no han de ser ocupados jamás por aquellos á quienes se destinaban. ¿Podrá la naturaleza angélica contener las lágrimas viendo á su hermana perdida para siempre y destituida de toda esperanza de levantarse jamás? Y tú mismo, adorable ma-

jestad, ¿no sientes una pérdida de tanta consideracion? Confieso que en tu mano está arruinarnos á todos y que cuando quieras, nadie tendrá motivo de quejarse y será menester que en esto como en lo demás todos adoren tus juicios incomprensibles. Pero por otra parte si quieres hacer alguna gracia, tienes motivo para ello. La suma miseria de esos desdichados clama bastante alto para que se oiga: toda tu corte te lo pide por mi boca: tu propia bondad te convida á ello y exige de tí que no pierdas á aquellos á quienes podrias salvar fácilmente, y de cuya rehabilitacion debes de esperar en adelante mas honor y gloria que la que recibirias de su ruina.»

V. Dicho esto la misericordia se postró para besar el escabelo del trono de Dios: lo mismo hizo la justicia, y de este modo se retiraron para dejar que se deliberára sobre su pretension. Puesto el asunto en consulta, se dieron diversos pareceres y se propusieron diversos arbitrios; pero que propendian todos á la mansedumbre porque la misericordia habia conmovido fuertemente los ánimos. Al fin se remitió la decision al juicio de la sabiduría increada, á quien todos sometieron sus pensamientos y pareceres. Entonces ella tomó la palabra y ponderó tanto el discurso y el dictámen de la misericordia, que todos los asistentes quedaron absortos de admiracion y contento. El resultado de la arenga fué que era menester salvar al hombre á toda costa: que la misericordia y la justicia debian de quedar satisfechas: que para ello se necesitaba un poder infinito: que este asunto le tocaba en persona, pidiendo el buen parecer que sus criaturas fuesen reparadas por él, ya que habian sido hechas por él: que no rehusaba ser la idea y el ejemplar de su reforma como lo habia sido de su produccion primera; y que para este efecto se ofrecia á su eterno Padre, cuyas disposiciones todas estaba pronto á ejecutar. Y supuesto que veía que era preciso unirse á esta naturaleza para

darle nuevo ser, de bonísima gana aceptaba el partido; pero que como entre las hijas de Eva no habia ninguna exenta de mancha, ni adornada de las prendas adecuadas para ser su madre y esposa como él deseaba, y para llevar al cabo con él la reparacion de los hombres, con el beneplácito de su padre haría el diseño de una que le agradase en todo, que fuese capaz de emplearse en tan alta empresa, en quien el enemigo de los hombres no tuviese nada que reprender, en una palabra que estuviese dotada de todas las perfecciones correspondientes á las calidades de madre y esposa de Dios, reina y reparadora del mundo. No bien hubo acabado, cuando el padre de toda bondad ordenó llamar á la misericordia y la justicia, y habiéndoles manifestado brevemente lo que se habia resuelto, mandó que se diesen el ósculo de paz y que de común acuerdo contribuyesen de allí en adelante en cuanto pudiera ser á la rehabilitacion del hombre caido. En el mismo instante se postraron todos los espíritus bienaventurados clamando: Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos, llenos estan los cielos y la tierra de tu gloria. Hé ahí en qué coadyuvó la virgen Maria á los designios de Dios y á la revocacion de la primera sentencia dada contra Adam.

VI. Pero tal vez me dirá aquí alguno que eso no es mas que una invencion poética y una simple meditacion: á lo cual respondo primeramente que es invencion del Espíritu Santo, quien dice con el profeta David que la misericordia y la verdad se encontraron y que la justicia y la paz se besaron (1). En segundo lugar, siendo los efectos las señales indudables de los designios y disposiciones concertadas de Dios, y habiendo pasado la cosa con respecto á la ejecucion del modo que he declarado,

(1) Salmo LXXXIV.

es fácil juzgar que habia sido concertada y resuelta de la misma manera. En tercer lugar quiero se tenga entendido que cuanto he dicho, es fundado en la autoridad de los santos padres y en muy respetables testimonios. Mil y cuatrocientos años há que S. Gregorio de Neocesarea decia á la madre de Dios: «Tú fuiste el principio de nuestra rehabilitacion: por tí tuvimos la esperanza de volver á entrar en el paraíso: por tí se enjugaron nuestras lágrimas y se calmó nuestro dolor (1).» S. German, patriarca de Constantinopla, la llamaba la reparacion de la caída de nuestros primeros padres y la reposicion de sus hijos turbados y perdidos en un estado de paz y sosiego (2). El ángel que hablaba á santa Brigida, le manifestó que con justísima razon podia llamarse árbol de vida la Virgen, porque habia sido dada al mundo para remedio del fruto prohibido y como una fianza de la vuelta del pobre Adam al lugar de donde habia sido echado. Dijole además que Adam no desobedeció á Dios despues de su primera transgresion, sino que se dedicó con todas veras á hacer penitencia de su pecado, y que muerto Abel, resolvió no habitar mas con su mujer; pero que Dios le mandó lo hiciera para la propagacion del linaje humano, y á fin de proporcionalarle algun consuelo le manifestó que su Verbo se haria hombre y naceria de los descendientes de Adam; por donde juzgó al punto este que no sucederia de un modo comun y ordinario, sino que sería escogida una virgen capaz de ser contrapuesta á la primera mujer y reparar la culpa cometida por esta. Así pues como estaba infinitamente disgustado de la desgracia que la plática secreta de Eva con la serpiente habia traído al mundo, así se regocijaba en extremo del coloquio del ángel con la Virgen.

(1) Serm. de Annuntiat.

(2) Orat. de nativ. B. Virg.

Así como le dolia en el alma que una mujer sacada de su costilla hubiese abierto la puerta á la muerte, así se regocijaba de que otra mujer descendiente de su linaje hiciera entrar de nuevo la vida en el mundo. Así como se afligia de la presuncion de la primera, se consolaba con la humildad de la segunda. Así como le contristaba la réplica altanera de aquella, le alegraba la respuesta modesta de esta. Así como sentia que la palabra de la una hubiese sido causa de la perdicion de él y de sus hijos, así adoraba la divina bondad que habia aceptado la palabra de la otra para la reparacion de todos. Por último suspiraba continuamente por la venida de Maria é importunaba al cielo para que la enviase pronto á fin de restaurar todas las cosas. S. Juan Damasceno introduce á Adam y á su mujer diciendo estas palabras llenas de gratitud y reconocimiento á la madre de Dios: «Bienaventurada, oh santa doncella, que nos fuiste dada por el cielo, porque las penas en que habiamos incurrido todos, fueron relajadas por tu medio. Tú recibiste de nosotros un cuerpo mortal para dotarnos de la inmortalidad. Nosotros cerramos la puerta del paraíso, y tú la abriste de nuevo, al mismo tiempo que el camino para llegar al árbol de vida. Nosotros trocamos la alegría en llanto, y tú desterraste el pesar para sustituir en su lugar el regocijo. En conclusion no puedo decirte otra cosa sino que si somos recibidos en el cielo por una nueva gracia, tú eres la escala por donde subimos á él (1).»

VII. Aquí habria que hacer ver cómo por medio de la Virgen quedó libre el hombre de la dominacion y tirania de Satanás para recobrar su libertad primera, que es el cuarto efecto de su reparacion; pero este discurso vendrá mas á tiempo al fin del tratado cuando nuestro

(1) Orat. 2 de Assumpt.

yo que aquella señora arruinó el reino y destruyó los altares del demonio.

§. X.—El cuarto efecto de la reparación del hombre hecha por la Virgen santísima es la libertad de los cautivos.

I. El abad de Igny en Champaña se queja justamente de la supersticiosa hipocresía del impío rey Acáz, que habiendo recibido orden de Dios para pedirle una señal de la maravilla que quería obrar en favor de su pueblo afligido, lo rehusó maliciosamente, encubriendo su desobediencia con el falso pretexto de que temía tentar á Dios: como si hubiera habido algun peligro en obedecerle con humildad y simplicidad de corazón, y como si por otra parte no hubiesen sido conocidos de todos su idolatría y el temor que tenía de que fuese glorificado el Señor con algun prodigio. «Nosotros, continúa el elocuente abad (1), no tratamos de ser tan desdeñosos: recibimos con los brazos abiertos ese signo de paz, que se sirve Dios presentarnos, y de lo íntimo de nuestras almas reconocemos á la Virgen santa no solo por nuestra pacificadora en el alto empireo, sino por nuestra libertadora en los mas profundos infiernos. Allí desató el nudo gordiano que la primera mujer habia hecho: allí quebrantó la cabeza á la serpiente y pasando por cima de ella la hizo vomitar la presa que se habia ya tragado: allí forzó las puertas del infierno y ahuyentó las guardias que tenían cautivo al hombre, restituyéndole su antigua libertad. Allí ató al tirano con las mismas ligaduras con que él sujetaba á los demás, y le hizo la befa y escarnio de todos.» «Si tuviérais paciencia, decía S. Juan Crisóstomo (2); yo podría llevaros á ver la columna donde fué atada la

(1) Serm. 3 de Annuntiat. (2) Homil. 2 in Math.

muerte, el patibulo donde fué ahorcado el pecado, y todas las demás señales de esta insigne victoria. Veriais al tirano cargado de cadenas y una muchedumbre de cautivos que recobran su libertad: contemplaríais las ruinas de su fortaleza y los ministros de su crueldad maniatados con las esposas que servían antes para sujetar á los otros. Oh Dios, ¡cuán agradable es esta nueva! ¡Cómo aclamaremos á la valiente guerrera por quien hemos sido librados de un estado tan infeliz?» Deleita leer en Crisipo, presbítero de Jerusalem (1), cómo trabajó el diablo y qué ruido metió cuando se vió cogido en la trampa y cargado de grillos y cadenas. ¿Qué es esto? decía para sí. ¿De dónde viene un cambio tan repentino? ¿Cómo es que la que antes me sirvió tan fielmente, ha vuelto las armas contra mí y conspira á mi ruina? Una mujer me puso el cetro en la mano y la corona en la cabeza, y otra mujer me roba el cetro y pisotea mi diadema. ¿Qué ha sucedido de nuevo para abatirme de suerte que me veo ahora cautivo, cuando estaba acostumbrado á tener presos á los demás? ¿Qué debo de creer de esa mujer que asuela así mi imperio? Por medio de su hijo sanó á aquellos á quienes yo habia causado diversas enfermedades, libró á mis presos, resucitó á mis muertos, dió libertad á mis cautivos y dejó desocupadas mis cárceles. ¡Qué destrozos me ha hecho, porque conozco muy bien que ella es la causa de todas estas maquinaciones! Si yo no hubiera acometido jamás á aquella tonta que se dejó embaucar con mis palabras; no me vería ahora sumergido en un abismo de confusión; no vería á mis esclavos ahorrados y lo que es mas, distinguidos con nuevos honores y con mercedes mas singulares que las que antes poseían. Así hace hablar

(1) Orat. de laudib. Mariæ.